

NUEVA HEGEMONIA EN EL "VIEJO" NUEVO ORDEN MUNDIAL

APOLINAR DIAZ-CALLEJAS

COSMETICOS, TECNOLOGIA, INFORMATICA Y «CRECIMIENTO DESPIADADO»

Que el mundo y las sociedades humanas han cambiado profundamente, no hay duda. ¿Quién podría negarlo en la era del acercamiento del hombre a las más lejanas estrellas, de los viajes a la luna, de la tecnología asomada al abismo de crear vida humana, de la informática que lleva a cualquier hogar el estremecimiento de los que sufren en los lugares perdidos de la tierra y que, en usurpación de la libertad, uniforma bajo un solo mando el poder de los medios de comunicación y la naturaleza y contenido de la noticia y de la información, como no lo pudieron lograr las peores dictaduras de la primera mitad del siglo XX?

Esa revolución tecnológica y de la informática no ha estado acompañada de la derrota de la miseria y el hambre, de la desigualdad y la injusticia, de la esclavización de almas y cuerpos, del racismo y la opresión cultural, ni de la prepotencia imperial de algunas naciones. Por el contrario, la edición de 1996 del Informe sobre Desarrollo Humano de la ONU muestra que, pese al sustancial crecimiento de varios países, la brecha entre los ricos y los pobres del mundo se torna cada vez más y más grande con una tendencia que podría rayar en lo inhumano¹. Agrega la información que a despecho del crecimiento de 15 países en las últimas tres décadas, 1.600 millones de personas en 100 países viven en peor situación económica que hace 10 años. Los 358 multimillonarios que encabezan la lista de los que tienen activos de más de mil millones de dólares cada uno, superan el ingreso anual combinado de los países donde reside el 45% de la población mundial. «Del PIB mundial, de 23 billones de dólares en 1993, 18 billones corresponden a los países industrializados y sólo 5 billones a los países en desarrollo, aunque estos últimos tienen casi un 80% de la población mundial. Así se duplicó la relación entre la proporción correspondiente a los más ricos y a los más pobres, de 30:1 a 61:1»². Tal como están las cosas en el actual «nuevo» viejo orden mundial, el crecimiento económico no tiene entre sus fines el desarrollo humano.

A ello se agrega que hay «un crecimiento sin raíces, que hace que la identidad cultural de los pueblos desaparezca. Se cree que hay unas 10.000 culturas distintas, pero muchas de ellas corren el riesgo de quedar al margen o ser eliminadas. En algunos casos, culturas dominantes, cuyo poder se ha multiplicado con el crecimiento económico, están aplastando a culturas minoritarias. En otros casos, los gobiernos, en procura de la consolidación nacional, han forzado deliberadamente la uniformidad, por ejemplo, imponiendo un idioma nacional»³, tal como se está haciendo en Estados Unidos con el inglés, en agravio de sus diferentes minorías culturales, particularmente de las de origen hispanoamericano.

Para los países del Tercer Mundo, incluida América Latina, la receta neoconservadora o neoliberal desde los viejos centros de poder es ese «crecimiento despiadado», que aumenta la pobreza y el número de pobres. Por ello, cuando en el Documento Final de la Cumbre Mundial sobre Alimentación, realizada en noviembre de 1996 en Roma por la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO), se adoptó por consenso el «derecho de todos a tener acceso a alimentos adecuados y el derecho fundamental de todos a no pasar hambre», la delegación de la administración Clinton, en declaración oficial que quedó a manera de «reserva oficial», es decir, de «no compromiso», señaló que «Estados Unidos cree que éste es un objetivo o una aspiración para

ser realizada de forma progresiva pero que no plantea ninguna obligación internacional ni reduce las responsabilidades de los gobiernos nacionales hacia sus ciudadanos». Esta decisión unilateral fue tomada pese a que la Declaración Universal de Derechos Humanos, que se supone obliga a Estados Unidos y que esta potencia utiliza en la actualidad para intervenir unilateralmente en los asuntos internos de otras naciones dizque en defensa de esos derechos humanos, consagra en su artículo 25 el derecho de toda persona a «un nivel de vida adecuado», que incluye, «en especial la alimentación». Además, por convocatoria de la Asamblea General de las Naciones Unidas, la Conferencia Mundial de Alimentación, reunida en noviembre de 1974, ya había aprobado la «Declaración universal sobre la erradicación del hambre y la malnutrición», que hizo suya la Asamblea General en resolución del 17 de diciembre de 1974, en la cual proclamó que «todos los hombres, mujeres y niños tienen el derecho inalienable a no padecer de hambre y malnutrición»⁴, lo que significa que entró a formar parte del derecho internacional que crean las Naciones Unidas. Pero, por lo visto, en la hegemonía del nuevo «viejo» orden mundial, las decisiones de las Naciones Unidas sobre algunos derechos humanos no comprometen a Estados Unidos. Para los derechos humanos, según esa doctrina y potencia, no rigen las reglas generales del derecho internacional.

Así, el nuevo Secretario General de Naciones Unidas, Kofi Annan, venido precisamente de esa África empobrecida, explotada, hambrienta y humillada, quedó notificado de la postura norteamericana en el Consejo de Seguridad y en la Asamblea General respecto del problema del hambre en el mundo, pese a que no es un mal exclusivo de los países del Tercer Mundo, sino que afecta también, en virtud del modelo económico a los propios Estados Unidos. Lo recoge y documenta un estudio del gobierno federal que registra que «el porcentaje de niños extremadamente pobres se ha duplicado al 10 por ciento desde 1975, para un total de 6.3 millones. De acuerdo con las cifras del Departamento de Salud y Servicios Humanos, uno de cada cinco niños en Estados Unidos es pobre»⁵. Naturalmente, por la discriminación racial y cultural, esos niños pobres están en su mayoría entre la población negra nativa y en la formada por inmigrantes hispanoamericanos y del Caribe.

De manera que el crecimiento económico, la revolución tecnológica y de la informática, los permanentes descubrimientos científicos y médicos en todas las áreas de la vida humana, vegetal y animal, el achicamiento de lo infinito y lo desconocido del cosmos para hacerlos caber en la estrechez creadora del cerebro del hombre, no están inmersos en el humanismo del discurso cristiano contra el hambre y la pobreza ni siquiera en el mundo «occidental» que predica esa fe; ni implican ni tendrían que conducir al progreso de toda la humanidad, de todos los hombres, ni a eliminar el hambre, la pobreza y la desesperanza. Todos esos logros del ser humano servirían tan sólo como cosméticos para maquillar la nueva cara del «viejo» orden mundial de explotación de unos hombres por otros hombres, de unos pueblos por otros pueblos, de unas razas por otras razas, de unas naciones por otras naciones, de unas culturas por otras culturas. A la injusticia social, que constituye la más antigua de las prácticas contra el género humano, también le han maquillado la cara para que no sea reconocida a la hora del milenio que se asoma. Y si hubiere protesta, las «nuevas» fuerzas represivas y de policía aplicarían las mejores «viejas» técnicas para volver a esconder la protesta y el hambre debajo de las alfombras o en las viejas cárceles, tal como lo padecen las ancianas y los ancianos jubilados argentinos y los hambrientos que piden comida en las grandes tiendas de las calles de Buenos Aires. El sueño humanístico y el del hombre dueño de su propio destino seguirán siendo sólo aliento vital de la utopía.

ACERCA DEL NUEVO «VIEJO» ORDEN INTERNACIONAL

Ese «crecimiento despiadado» se ha dado junto al hecho de que el mundo ha cambiado radicalmente. La sola desaparición de la Unión Soviética y del llamado «campo socialista» que conducía, lo evidencian. Que ello determinó el fin de la «guerra fría», de la bipolaridad Unión Soviética-Estados Unidos en la conducción de la confrontación «este-oeste» y del equívoco «comunismo-anticomunismo», es también indiscutible. Estas solas circunstancias han determinado una nueva situación política y geopolítica mundial. Si se quiere, un ‘nuevo orden’ en las relaciones hegemónicas. Estados Unidos quedó colocado como la mayor potencia militar de la tierra, que quisiera también la hegemonía económica pero que tiene que compartir, así sea a regañadientes, con la Unión Europea, Japón, la propia China que crece muy rápidamente y otros países asiáticos. Es una especie de «hegemonía mundial limitada». Ha buscado compensar esa limitación universal con el proyecto regional de hegemonizar el continente americano con la Iniciativa para las Américas, insertando toda América Latina y el Caribe en un sólo gran «mercado libre desde Anchorage hasta la Patagonia», como señalara el presidente George Bush, que sería de impacto subordinador por la desigualdad de sus integrantes, pues la igualdad retórica en los convenios comerciales entre desiguales conduce a la subordinación del más débil, como señalara desde 1835, hace 162 años, el prócer colombiano de la Independencia, Francisco de Paula Santander⁶, constructor de la fisonomía civil de la República de Colombia y, con las limitaciones de su tiempo, de un Estado de leyes.

Tales situaciones se han dado en el marco de una creciente globalización e interdependencia económicas que han encontrado vías para enlazarse a los procesos de unidad regional dentro de las líneas generales del modelo neoliberal o neoconservador, con el resultado señalado por Pierre Schori, el notable latinoamericanista sueco, de que «en muchos casos son actores económicos anónimos, actores que están fuera del control de la democracia, los que nos manejan a través de contactos globales, comunicaciones instantáneas y decisiones invisibles»⁷. Citando el informe del órgano de las Naciones Unidas para el Desarrollo, UNRISD, denominado “*Estados en descomposición: los efectos sociales de la globalización*”, destaca algo que ya señalamos antes: «Un reducido grupo de agencias noticiosas y de compañías de televisión dominan totalmente el mercado y el mundo. Todos miramos los mismos programas y escuchamos las mismas noticias». El informe indica que ello ha abierto camino a una especie de «consenso internacional respecto a las ideas neoliberales, que nos induce a reducir el papel del Estado y de la sociedad de bienestar dejando que el mercado satisfaga las necesidades del consumidor». Añade Schori que los «resultados de la globalización son el aumento de las injusticias e inseguridades; el debilitamiento de las instituciones nacionales y locales; la erosión de la cohesión social».

La uniformidad electrónica de bloque, de ‘contenedor’⁸, de la calidad, significado y objetivos directos y subliminales de la información y de la noticia, por la concentración y monopolización de los medios de comunicación que crean y producen tales información y noticia, tienen propósitos y naturaleza antidemocráticos al destruir la posibilidad de la diferencia, de la otra opinión, de poder discrepar. La facilidad para adquirir la herramienta de acceso al ‘contenedor’, el televisor de más de 181 canales que muestran y dicen lo mismo o del computador con correo electrónico, multimedia e Internet que llevan a las mismas fuentes, crea la falsa ilusión en el usuario de que tiene gran poder en sus manos, cuando ese poder está realmente en quienes producen la información bajo su total control, ideología, intereses y propósitos. El acceso a la verdad informativa, a la fuente y verdad verdadera que crea diariamente hechos políticos y sociales, es, en el «nuevo» orden mundial de fin de siglo, un privilegio de élites tecnológicas y financieras. El ciudadano común, la masa, el pueblo,

el caminante que día a día y paso a paso quiere descubrir los temblores, melancolías y tempestades del ser humano, no tienen posibilidad de llegar a ellas e influirlas. Soportan la avalancha informativa fabricada a solas y por expertos robotizados. Es un control monopólico y tecnológico de la información y la comunicación que envidiarían muchos dictadores y déspotas del «viejo» orden mundial. En cambio, sí se han ampliado las posibilidades académicas o para la simple curiosidad informativa, respecto de los *sucesos pasados*, en las bibliotecas públicas y centros de documentación, crecientemente restringidos a “investigadores”. Todo ello al tiempo que en los países del atraso y del subdesarrollo avanza la política de sacar al Estado de la responsabilidad y tarea de financiar, fomentar, organizar y ampliar la educación pública, científica, tecnológica y para la investigación en todos sus niveles, para ponerlas al alcance de las grandes masas populares de cada nación. Lo que se pretende y están logrando en muchas naciones del Tercer Mundo es la privatización de la enseñanza en todos sus niveles, convirtiéndola en actividad privada cada vez más elitista. En la medida en que agoniza la universidad pública prospera la privada.

El «viejo» nuevo orden mundial en la información y la noticia es generoso para conocer el pasado pero antidemocrático y egoísta para quienes traten de influir y cambiar el rumbo del presente y del futuro. Es una de las facetas de la globalización.

Podría pensarse que las voces críticas o discrepantes del modelo neoliberal y de los efectos de la globalización de la economía y la interdependencia dirigidas desde las sedes de los grandes poderes hegemónicos vienen exclusivamente de las víctimas, es decir, de los países del Tercer Mundo o de corrientes de izquierda no comprometidas en el modelo fracasado de «socialismo real». Pues no. También se da y es constante en partidos y movimientos políticos del socialismo democrático y en amplios sectores intelectuales y académicos progresistas de los propios grandes centros del poder mundial.

Recientemente, en *Newsweek en español* ⁹, Michael Elliot, describió los impactos de la globalización y, ante su incidencia en África en el problema de los refugiados, se preguntó: «¿y si la globalización no describe al mundo? ¿Y si la gente tal vez no la quiere? ¿Qué sucede cuando las realidades de la globalización fuerzan a los obreros a abandonar hábitos y beneficios que consideran derechos? ¿O si el advenimiento de una cultura global se percibe como una amenaza al sentido de identidad de los pueblos?». Agregó Elliot que «en 1996 comenzaron a surgir estas preguntas en la calle y en los estudios académicos. A mediados de año, el entonces director del Consejo de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, Ethan Kapstein, advirtió: ‘La economía global está arrastrando en su tren a millones de trabajadores desafectos, y la desigualdad, el desempleo y la pobreza endémica se han convertido en su doncella». Añadió en su artículo que Samuel Huntington, de Harvard, bien conocido como teórico fundamental de la iniciativa de la «democracia restringida», publicó su libro sobre relaciones internacionales «El choque de las civilizaciones», en el que indicó que «la política mundial está siendo reconfigurada de acuerdo con los límites culturales y de las civilizaciones. Lo que los occidentales consideran una integración global benigna, como la proliferación de los medios de comunicación, otros lo perciben como un maldito imperialismo occidental. Para ellos representa una amenaza».

Ciertamente, las culturas nacionales y regionales en América Latina -mestiza y mulata-, África, Asia, y en todos los continentes, que concentran los 10.000 grupos étnicos y culturales de la tierra, resisten las acciones de la aplanadora y de la afeitadora electrónicas e informáticas y de globalización y estandarización del universo, de pueblos, razas y culturas, bajo las dimensiones y

sabores de las hamburguesas McDonald's y de la retórica del libre juego de las fuerzas del mercado.

LA OFENSIVA CONSERVADORA: DEMOCRACIA IGUAL CAPITALISMO

Lo anterior está ligado al hecho de que de tiempo atrás, pero particularmente desde la administración Reagan, las tendencias más conservadoras han ganado espacio y poder no sólo al interior de los partidos políticos sino en la opinión pública norteamericana. Un creciente y agresivo nacionalismo étnico, cultural y laboral contra los inmigrantes ha tomado notorio impulso y, de modo muy acentuado y en algunas materias legalizado, contra los de origen latinoamericano y caribeño. La cuestión ha sido de tal importancia que para gobernar y para ganar la reelección presidencial, el presidente Clinton hizo suyas las más importantes banderas conservadoras del Partido Republicano. Por ello se le atribuye haber creado un segundo partido republicano y la conservatización de gran parte del Partido Demócrata.

Esta ideología chovinista y antiliberal sirvió en el pasado reciente de apoyo también a la elección y programas del presidente Ronald Reagan. “El pueblo norteamericano no está preparado para echar al canasto de desperdicios de la historia el sueño norteamericano”. Reivindicando la nueva presencia imperial norteamericana, afirmó: “No hemos buscado el liderazgo del Mundo Libre, pero no existe nadie más que pueda proporcionarlo. Y sin nuestro liderazgo no existirá paz en el mundo”, dijo en discurso en Chicago en marzo de 1980¹⁰.

Pero la Plataforma del Partido Republicano para las elecciones de 1996, en las que mantuvo la mayoría en el Congreso, no se quedó atrás en agresividad y propósitos. Ahí se dijo (itálicas del autor): “*Somos el partido de la paz a través de la fuerza. Los republicanos colocamos los intereses de nuestro país por encima de los de otras naciones, y por encima de las Naciones Unidas*”¹¹. Dado el peso del Congreso en la política exterior de Estados Unidos y las propias inclinaciones y transaccionismo del presidente Clinton, la perspectiva mundial será muy compleja y conflictiva con la “vieja” nueva hegemonía que busca esa potencia.

Se agrega a lo anterior, que el mismo tono heroico y de reto perentorio del propósito de dominación de Ronald Reagan lo tuvo, 17 años después, el presidente William Jefferson Clinton en el discurso de enero 20 de 1997 para tomar posesión de la presidencia por segunda vez, en el que dijo: “Guiados por la antigua visión de la tierra prometida, fijemos nuestras miras en la tierra de la nueva promesa. La promesa de Estados Unidos nació en el siglo XVIII de la audaz convicción de que todos somos creados iguales. Fue ampliada y preservada en el siglo XIX, cuando nuestra nación se extendió a través del continente (...) Luego, en medio de la turbulencia y el triunfo, esa promesa estalló en el escenario mundial para hacer de éste el siglo de Estados Unidos. ¡Y qué siglo ha sido! Estados Unidos se convirtió en la potencia mundial mas fuerte del mundo (...) Al rayar el alba del siglo XXI, un pueblo libre *debe decidir ya darle forma a las fuerzas de la Era de la información y de la sociedad mundial, dar rienda suelta al potencial ilimitado de todo nuestro pueblo y, por cierto, formar una unión más perfecta*”. Igual que Reagan añadió el presidente Clinton: “*Estados Unidos está sola como la nación indispensable del mundo. Una vez más nuestra economía es la más fuerte de la Tierra (...) Y la democracia más grande del mundo liderará un mundo entero de democracias (...) con el fuego brillante de la libertad estadounidense propagándose por todo el mundo*”¹².

En la misma dirección se había pronunciado el partido Demócrata en su Plataforma Electoral de 1996: “los Estados Unidos precisaron de un liderazgo capaz de ver los contornos del nuevo mundo, y dispuesto a actuar con firmeza, fortaleza y flexibilidad a la luz de los cambios, para obtener de éstos el mejor resultado (...) Creemos que la única manera de garantizar la seguridad y prosperidad de los Estados Unidos en el largo plazo es continuar ejerciendo el liderazgo estadounidense sobre una serie de problemas militares, diplomáticos y humanitarios en todo el mundo”¹³.

Fueron claras referencias al objetivo de los republicanos y de los demócratas de una nueva hegemonía mundial de Estados Unidos para el siglo XXI. En realidad, coincidencia en el objetivo de preservar y ampliar la vieja hegemonía.

Las proyecciones de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina del Documento Santa Fe I, de mayo de 1980, entregado al presidente Reagan en plena “guerra-fría”, se sustentaban en su hegemonía regional: “La proyección del poder global de Estados Unidos descansa sobre un Caribe cooperativo y una América del Sur que brinda su apoyo. La exclusión de los poderes marítimos del Viejo Mundo de Cuba, el Caribe y América Latina ha ayudado a Estados Unidos a generar un poder excelente para desarrollar actividades de balance en los continentes africano, europeo y asiático”¹⁴. Lo que estaba en el centro de las preocupaciones era, como siempre, el poder hegemónico de los Estados Unidos. En lo interno se apoyaba en un rumbo neoconservadorista de restitución del individualismo egoísta, el libre juego de las fuerzas del mercado y un Estado y gobierno pequeños, no intervencionistas en la búsqueda de la justicia social. La Plataforma de 1980 del Partido Republicano había sido más enfática aún: “El mundo libre- y, en realidad, la civilización occidental- requiere de un Estados Unidos fuerte. Esta fortaleza demanda una economía próspera (...) Este vigor sólo puede conseguirse en una atmósfera de libertad, en una atmósfera que estimule la iniciativa individual y el ingenio personal”¹⁵. Se dijo también que “la asistencia económica norteamericana podría actuar como un catalizador del proceso de desarrollo doméstico, pero debería extenderse sólo en aquellos casos en que sea consistente con *los intereses políticos de Estados Unidos. La asistencia exterior norteamericana debe ser un medio de exportar la ideología norteamericana*”(cursivas del autor). La “guerra-fría”, dejó a Estados Unidos como la mayor potencia militar, que, al tiempo, buscó consolidar su nueva hegemonía mundial en el escenario internacional post “guerra-fría”.

En agosto de 1988, se produjo el documento Santa Fe II¹⁶, definido como “una estrategia para América Latina en los noventa”. Se consideraba que el continente estaba amenazado por la subversión, el terrorismo y el *tráfico de narcóticos*. Nuevos conceptos políticos conservadoristas fueron incorporados, particularmente contra la presencia e intervención del Estado que debían ser sustituidos por la acción de una “sociedad civil” de estirpe reaganiana. Fue un mensaje que se tragarón entero muchos intelectuales y politólogos democráticos y aún de izquierda que también se entusiasmaron con el grito *¡atrás el Estado, arriba la sociedad civil!*. Con ocasión de Santa Fe II y la reforzada ofensiva neoconservadora fue puesto en circulación el nuevo postulado de fin de siglo, como patética resurrección del “viejo” dogma de la revolución burguesa: “democracia es capitalismo; capitalismo es democracia”.

Peter W. Shulze¹⁷ señalaba en junio de 1988 que “la derechización de la política norteamericana, impulsada por los novedosos Comités de Acción Política, los tanques de cerebros neoconservadores, ideólogos universitarios y periodistas ideologizados, ha logrado introducir un nuevo consenso en el discurso republicano y demócrata, que proyectará su influjo por años, dentro

y fuera de Estados Unidos”. Fue más enfático aún al registrar que “al interior de los dos partidos y entre ellos, se ha venido formando un nuevo consenso, marcado profundamente por las normas conservadoras acerca de las cuestiones básicas de la sociedad”.

La segunda campaña electoral del presidente Clinton evidenció la conclusión anterior. Este asumió una posición conservadora y tomó para sí muchas de las más importantes banderas y programas del Partido Republicano, al punto que no pocos demócratas le atribuyen la creación del segundo partido republicano de Estados Unidos. Electoralmente no se equivocó, pues por ello pudo ganar la reelección presidencial, dejando el Congreso al viejo Partido Republicano, en un reparto del poder que facilitará la unidad interna necesaria para buscar la hegemonía mundial. Se afianzó así el nuevo conservadurismo demócrata y republicano, que encarna la fórmula *democracia es capitalismo, capitalismo es democracia*, tal como lo ha sustentado Fukuyama en “El fin de la historia y el último hombre”.

Obviamente, esta tendencia derechista que sigue los rumbos trazados desde Estados Unidos y colabora en sus objetivos, también se ha abierto paso en América Latina y liderea la lucha contra “la preeminencia del Estado en la economía y sobre la sociedad civil”, con la compañía de algunos “izquierdistas de mimeógrafo” que sólo recientemente descubrieron los trabajos de Gramsci sobre el papel de la sociedad civil italiana en la lucha contra el Estado fascista. El contenido de esa tendencia derechista lo resumió con precisión Franz J. Hinkelammert: “La libertad la produce la estructura del mercado con sus empresas privadas. La verdad la produce la estructura de medios de comunicación, en cuanto es controlada por la propiedad privada. La democracia la produce una estructura de elecciones, que asegura que la libertad producida por las empresas privadas sea el límite de la legitimidad de los resultados electorales y la científicidad es asegurada por su estructura argumental que excluye, por su estructura misma, cualquier resultado crítico al lema según el cual la empresa privada produce libertad”¹⁸.

Las élites latinoamericanas uncidas a las pautas políticas de Estados Unidos, han asumido la ideología de que “cuanto más mercado, más libertad, cuanto más Estado, menos libertad”, ante el general silencio o la incertidumbre sembrada por el desmoronamiento del llamado “socialismo real”, que dejó sin rumbo a muchos investigadores sociales que cayeron en la trampa de creer que el socialismo era incompatible con la democracia, que entregaron a la derecha la bandera de la libertad que siempre estuvo en manos del pueblo que la conquistó en las más duras y violentas hazañas revolucionarias de la historia. El pecado de renunciar a la libertad y a la democracia como componentes de una sociedad de equilibrio y justicia social, ya fuera igualitaria o socialista, que han sido también objetivos de las revoluciones humanistas a lo largo de los siglos, facilitó a la derecha política y al capitalismo global tomar esas banderas de democracia y libertad, que nunca fueron suyas por completo pues siempre las recortó y las restringió, y que, por el contrario, impusieron en América Latina y Asia el modelo económico neoliberal de apertura incondicional al comercio de los países desarrollados utilizando feroces dictaduras militares y civiles, como la de Pinochet en Chile.

GLOBALIZACION Y NUEVA HEGEMONIA. LA “NO-SOBERANIA”.

En el análisis de los efectos de la globalización del capitalismo, de la informática y de la interdependencia que caracteriza el final del siglo XX e inicios del XXI, ha aparecido un virus

maléfico y corrosivo introducido en los anaqueles de la ciencia política, de la economía y de la sociología, que fue aceptado con mansedumbre en muchas zonas de la subordinación. Es el de la supuesta extinción del concepto de soberanía como realidad geográfica, política, económica, social y cultural de los pueblos, y como ente internacional y sujeto de derechos y obligaciones. Obviamente, esto afecta la capacidad de acción, de lucha, de defensa y de progreso de las naciones del Tercer Mundo. Las grandes potencias y países desarrollados seguirán distanciándose del resto de las naciones en términos de bienestar, desarrollo social, cultural y tecnológico. Además, practicando un creciente nacionalismo racista y laboral.

La desaparición o dilución del concepto y del hecho mismo de la soberanía nacional llevará y está llevando a las grandes potencias, particularmente a Estados Unidos, a deshacerse de todo vínculo, respeto y acatamiento al derecho internacional, al sistema jurídico creado a lo largo de la historia y después de grandes hecatombes universales y por las Naciones Unidas para proteger a los Estados nacionales y a los pueblos de la agresión y decisiones unilaterales de los poderosos. El *Grupo de los Siete*, compuesto por Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Francia, Japón, Canadá e Italia, al que se sumó la Federación Rusa, por ejemplo, proclamó *unilateralmente* su derecho a intervenir, también unilateralmente, sin autorización previa de las Naciones Unidas, en los asuntos internos de otras naciones por razones humanitarias, hambrunas, guerras, situaciones de opresión, y, como parte de ello, por *violación de los derechos humanos*, que esas mismas potencias, en algunos casos, en especial Estados Unidos, enseñaron a quebrantar¹⁹, apoyando, como ocurrió en América Latina y el Caribe, las más atroces y feroces dictaduras militares y despotismos de toda especie. Es un neointervencionismo que acerca a la humanidad a los viejos imperialismos. Es el camino al actual unilateralismo tanto para la paz como para la guerra que viene asumiendo Estados Unidos, como se hizo presente a raíz de la oferta de mediación europea en el conflicto palestino-israelí.

Cosa diferente es la construcción de un orden jurídico internacional y por lo mismo supranacional. El Derecho Internacional de los Derechos Humanos, por ejemplo, ha implicado aportes voluntarios de componentes de la soberanía particular en beneficio de una soberanía multinacional que tiene sus propios organismos multinacionales de operación y ejecución. Es un proceso de integración y concurso de soberanías en beneficio de principios y derechos universales de los pueblos y de los individuos recogidos en declaraciones que pasan a formar parte del derecho público internacional, y cuya vigilancia y respeto están a cargo de organismos también internacionales y no a la voluntad unilateral y particular de una o varias potencias.. Del mismo modo, la construcción de uniones, grupos y asociaciones regionales y aún continentales es el resultado de ese concurso de soberanías, no su desaparición o inexistencia.

El empeño en hacer desaparecer de la conciencia universal y de la realidad de los pueblos y Estados el concepto y el derecho de soberanía, como parte, componente y consecuencia del globalismo económico, financiero y de la informática, es la vía directa para la desaparición del derecho internacional y para el hundimiento del orden jurídico mundial, retornando a la época salvaje del poder del más fuerte, que en el abismo del *sálvese quien pueda*, de una nueva *selección natural* y del egoísmo del libre juego de las fuerzas del mercado tanto en el pasado como en el presente han producido las más grandes hecatombes internacionales y nacionales.

Se agrega a esas circunstancias que hay una notable desinformación sobre el movimiento de capitales en esta etapa de la globalización y de la “no-soberanía” que se pretende imponer. Es que ni siquiera importa el desarrollo económico e industrial y el empleo en los países objeto de su

presencia. Noam Chomsky, ha dicho recientemente en Bogotá²⁰ que “el neoliberalismo es para los pobres. La protección estatal es para los ricos. Ocurre que desde hace centenares de años quienes necesitan la protección del Estado son los ricos y, por supuesto, la obtienen”. Explica cómo, por ejemplo, en los años 90 se habló intensamente de que América Latina era un mercado de especial interés para la inversión extranjera. “Es cierto, dice Chomsky, hay mucha inversión extranjera en América Latina, pero hay que ver cómo es”. Apoyándose en un informe del Departamento de Comercio del gobierno de Estados Unidos correspondiente al año 1994, agrega el prestigioso humanista norteamericano: “La inversión extranjera de Estados Unidos en el hemisferio aumentó mucho durante ese período, dejando de lado a Canadá, que ya representa otra categoría de país, que es un país rico. En el resto del hemisferio hay un 25% de inversiones que va a Bermudas, y ahí no se construyen industrias. Un 15% a las islas Caimán, o sea, a paraísos fiscales. Un 40% se calcula, es conjetura porque no se puede saber realmente, es dinero negro, pero de eso nadie sabe mucho y es el 40% de la inversión total en Latinoamérica. El resto es capital especulativo”. Finaliza indicando que todo eso es una parte de la manera como se mueven las grandes corrientes de capital financiero, “que enriquecen a sectores muy pequeños”. De frente, Chomsky denuncia que “el 60% de este dinero de la droga llega a Estados Unidos”.

A su vez, Robert B. Reich²¹, Ministro de Trabajo de la administración Clinton, ha dicho que “estamos pasando por una transformación que modificará el sentido de la política y la economía en el siglo venidero. No existirán productos ni tecnologías *nacionales*, ni siquiera industrias nacionales. Ya no habrá economías nacionales, al menos como concebimos hoy la idea. Lo único que persistirá dentro de las fronteras nacionales será la población que compone un país (...) La principal misión política de una nación consistirá en manejarse con las fuerzas centrífugas de la economía mundial que romperán las ataduras que mantienen unidos a los ciudadanos, concediendo cada vez más prosperidad a los más capacitados y diestros, mientras los menos competentes quedarán relegados a un más bajo nivel de vida. A medida que las fronteras dejen de tener sentido en términos económicos, aquellos individuos que estén en mejores condiciones de prosperar en el mercado mundial *serán inducidos a librarse de las trabas de la adhesión nacional*” (cursiva del autor). Es decir, la desaparición del concepto de soberanía y de la soberanía real de las naciones del Tercer Mundo, es inducida por el nuevo “viejo” modelo capitalista de producción y de sistema social y por el globalismo, que no son productos de la naturaleza ni de la Divina Providencia, sino del interés y empeño de los grupos financieros, mercantiles y productivos que controlan la economía mundial y las nacionales, la informática y las comunicaciones, los nuevos inventos y descubrimientos y las nuevas tecnologías.. Respecto a Estados Unidos señala Reich que “hacia el año 2000, la quinta parte de la población más acomodada será responsable de más del 60 por ciento del total de ingresos percibidos por los norteamericanos; la quinta parte menos favorecida, del 2 por ciento”²². Vale decir, una perspectiva de crecimiento pero con pobreza.

De pobreza, agregamos, que no podrán resolver ni controlar los Estados nacionales. por las ataduras e inserción en la globalización y por la pérdida del control de sus propios problemas por su subordinación a los nuevos viejos esquemas de dominación mundial.

VIEJO NUEVO ORDEN MUNDIAL: HEGEMONIA Y UNILATERALISMO

Para redondear los conceptos sobre la hegemonía que están construyendo los Estados Unidos, la nueva Secretaria de Estado, Madeleine Albright, recibida con entusiasmo por la ultraderecha del

partido Republicano que encarna el senador Jesse Helms, en carta a este personaje-símbolo del viejo imperialismo, le decía que “el manto del liderazgo no debe de atemorizarnos ni debemos vacilar en la defensa de nuestros intereses o fallar en nuestros compromisos”. Estados Unidos, agregó, debe “formular y financiar una diplomacia de clase mundial para complementar nuestro aparato militar, también de clase mundial”²³. Y, como era su deber, se lanzó también a la promoción del proyecto político-económico. “El objetivo central de la política estadounidense es lograr un mundo seguro y próspero formado por democracias funcionales con una economía liberal”²⁴, dijo al asumir el cargo.

En la búsqueda de esa hegemonía en el orden mundial para el siglo XXI, Estados Unidos ha ido dando pasos y creando hechos que sirvan de alguna manera para legitimar su objetivo de supremacía. Entre los más importantes se pueden destacar, a) darle carácter exclusivo y excluyente a la mediación en el proceso de paz entre Israel y el pueblo palestino; b) predicar el libre comercio y practicar un proteccionismo disfrazado; c) el bloqueo unilateral y acciones de sabotaje contra Cuba; d) el pretexto de la lucha contra el terrorismo para agredir a otras naciones mediante leyes y decisiones internas, a las que se atribuyen efectos extraterritoriales; e) la práctica del secuestro de personas de otras nacionalidades y países, investigadas por las autoridades policivas o judiciales norteamericanas; f) utilizar la lucha contra el tráfico de narcóticos para intervenir en los asuntos internos y agraviar a países como Colombia, México, Perú, Bolivia y otros. Estas conductas se resumen así:

a) Tal vez una de las manifestaciones que puso en mayor evidencia el objetivo de Estados Unidos de retomar la hegemonía mundial en la guerra y en la paz, fue la oposición delirante a la mediación europea para salvar el proceso de paz entre Israel y el pueblo palestino, cuando estuvo a punto de hundirse con la llegada del gobierno derechista de Benjamin Netanyahu. Los voceros del Departamento de Estado no se cuidaron en notificar que en la paz o en la guerra por ese conflicto sólo Estados Unidos podían intervenir. Fue necesario que el presidente Chirac de Francia visitara la zona y al jefe del gobierno palestino, Arafat, no sólo en representación de Francia sino de Europa, para que Washington quedara notificado de manera perentoria que Europa también existe para la paz y para la guerra.

b) En materia de libre comercio, los países del Tercer Mundo han venido batallando por la liberación real del mercado textil y de prendas de vestir, por ejemplo. Sin embargo, las naciones desarrolladas han dilatado por años la decisión. En la reunión en Marruecos de la Organización Mundial del Comercio, la cuestión fue aplazada por diez años más, dizque para hacerlo progresivamente. El tema pasó a la presente reunión en Singapur. Por el sistema de *salvaguardas* se burla el proceso. Néstor Osorio, embajador de Colombia ante esa organización declaró que “los países, en especial los desarrollados, están guardando aquellas partidas complicadas para el final del plazo, con el fin de que en esos momentos se vuelva a requerir un nuevo término para que el mercado sea libre”. Señaló que “Colombia fue objeto de una salvaguardia que le impuso Estados Unidos. Esta situación obligó al país a entrar a negociar directamente con Norteamérica, *la cual al final logró que los textileros nacionales les compraran las materias primas*”²⁵.

Pero en Singapur encontraron otra fórmula de escape en la propuesta de una cláusula social, conforme indicó desde Washington un análisis del *Cato Institute*²⁶: “los Estados Unidos y otras naciones industrializadas están insistiendo en la “armonización” de regulaciones laborales con los países en desarrollo, como condición para cualquier futuro acuerdo de libre comercio”. “Esto no es más que una nueva forma de proteccionismo”, agrega el estudio. Es una vieja estratagema, que llega

en ocasiones a lo grotesco. En una nota desde Miami, “*El TLC, a veces una payasada*”²⁷, Carlos Ball, director de la agencia de prensa ALPE, informó que Estados Unidos impuso un arancel del 33 por ciento a las escobas de paja mexicanas y colombianas, haciendo uso de las acciones de emergencia del Tratado de Libre Comercio (TLC). El propio Wall Street Journal protestó el hecho, indicando que esa industria en México, se encuentra en las regiones pobres del Estado de Nuevo León cercano a la frontera con Estados Unidos, donde el gobierno Clinton endurece las medidas contra inmigrantes mexicanos pobres que buscan trabajo. Agrega que mientras ese gobierno presta miles de millones de dólares a agencias de ayuda económica de México, “cuyo objetivo es acabar con la pobreza allá, es irónico que al mismo tiempo estrangule a empresas locales competitivas que quieren vender su mercancía en Estados Unidos”. La medida no sólo afectó a México, socio del TLC, sino a Colombia, pues una empresa de Barranquilla que vendió en 1996 en Estados Unidos 850.000 dólares en escobas de paja, tuvo que suspender sus planes de expansión. Es la cara ridícula y vergonzosa del proteccionismo de las grandes potencias que, en cambio, obligan a abrir de par en par las puertas a su comercio con los países subdesarrollados.

Al inicio de la ofensiva neoliberal en América Latina, por ejemplo, Estados Unidos, con la excusa de la guerra fría, impulsó el neoliberalismo recurriendo a dictaduras como la de Pinochet. Derrotadas por los propios pueblos esas dictaduras esa potencia se lanzó a la batalla ideológica con todo su poderío tecnológico y propagandístico, utilizando el peso de la informática y del control monopólico de los medios de comunicación, con consignas simples, tal como señalamos antes: democracia es capitalismo, capitalismo es democracia. Todo ello en el marco del libre juego de las fuerzas del mercado y del Estado mínimo. En Singapur propuso que las remuneraciones y regulaciones laborales en los países del Tercer Mundo del hambre y del atraso, sean iguales a las de las grandes potencias que antes explotaron esos pueblos y se enriquecieron al costo de su miseria. Es el cinismo que a lo largo de la historia ha marcado las conductas de las potencias hegemónicas de turno.

c) En la cuestión cubana, Estados Unidos no ha podido lograr el apoyo de ningún organismo internacional para su decisión unilateral de bloqueo y agresiones a Cuba. Por el contrario, esas acciones han sido condenadas una y otra vez por las entidades multinacionales e instituciones del derecho internacional, y por la mayoría, casi unanimidad, de las naciones, que mantienen relaciones o actitud de respeto a la soberanía de Cuba y a su derecho a la autodeterminación. Incluso la Organización de Estados Americanos, OEA, que en el pasado sirvió de instrumento para aislar a Cuba, ahora rechaza el bloqueo y las agresiones norteamericanos.

d) Sin embargo, desde la administración Reagan hasta la de Clinton la política hegemónica de Estados Unidos ha tomado una modalidad novedosa: el *unilateralismo*. Se expiden leyes o se dictan normas o toman decisiones por el poder ejecutivo que tienen la naturaleza de actos jurídicos internos, pero que se pretende obligar a y deben cumplir otras naciones, empresas e individuos que no son súbditos ni residentes de Estados Unidos. Es, por voluntad de la nueva hegemonía, la extraterritorialidad de sus leyes y actos jurídicos y políticos internos, que, como privilegio del unipolarismo, con la excepción muy reciente de Irak que fue bombardeado, no se imponen a otras naciones y pueblos mediante la invasión armada o el bloqueo naval y aéreo o el terrorismo, como se hizo en las administraciones Reagan y Bush contra Nicaragua, Granada o Panamá, sino a través de sanciones económicas, congelación de depósitos y fondos bancarios, bloqueo de operaciones comerciales y exportaciones a Estados Unidos, cancelación de visas, etc. Ese unilateralismo, sin

embargo, ha afectado también las relaciones con la Unión Europea y la OTAN que manifiestan públicamente su desacuerdo y oposición.

Ejemplos de ello, además del antiguo bloqueo del gobierno Kennedy, es la Ley Helms-Burton, que ha sido rechazada por todos los países del mundo, por el Grupo de Río que congrega a los más importantes países de América Latina, por la Unión Europea, Canadá, la Federación Rusa, China, Japón y más recientemente por la propia OEA en la XXVI Asamblea General realizada en Panamá en junio de 1996, además de las propias Naciones Unidas y los países No-Alineados.

Repudio similar ha tenido en la Unión Europea, África y Asia y organizaciones internacionales la Ley D'Amato contra las naciones o empresas que comercien con Libia e Irán, dictada dizque como parte la lucha contra el terrorismo. Se pretende también su extraterritorialidad.

e) Desde las administraciones Reagan y Bush se inició la práctica del secuestro de personas y nacionales de otros países, acusados de presuntos delitos en Estados Unidos, que han sustentado en la pretendida doctrina de su derecho a capturar en cualquier nación del mundo y llevar clandestinamente a territorio norteamericano a esos sindicados. Ciudadanos mexicanos, colombianos, costarricenses y de otras nacionalidades han sido víctimas de esa nueva modalidad del delito de secuestro de personas, que es un quebrantamiento del orden jurídico internacional.

f) Finalmente, está la vieja cuestión del narcotráfico, que desde 1988 asumió el carácter de problema de seguridad nacional en el Documento Santa Fe II. Antes existía como tal, pero según se ha denunciado recientemente²⁸, fue utilizado para reunir fondos para la “contra”, en una operación de la CIA con narcotraficantes colombianos que llevaban en aviones militares salvadoreños la cocaína directamente a bases de la fuerza aérea norteamericana en Texas y el sur de Estados Unidos. En este caso, en la óptica de la administración Reagan, el narcotráfico era una empresa libertaria.

El tema del narcotráfico es ampliamente conocido. Sin embargo, es útil enfatizar algunas cuestiones importantes.

Es un negocio ilícito creado por los países desarrollados, particularmente Estados Unidos, que son los consumidores y tienen la demanda que genera la producción en Colombia, Bolivia, Perú y otros países de América y Asia. Son, también, quienes manejan los recursos financieros, lavan el dinero de las transacciones ilícitas y suministran los insumos químicos y otros elementos para la producción de cocaína y otros estupefacientes.

Noam Chomsky, en el reportaje antes citado, indica que el 60% del dinero de la droga llega a Estados Unidos, el gran consumidor y traficante. Ya en 1995, la marihuana, con 32.000 millones de dólares anuales como valor de la producción, era el cultivo comercial más grande de Estados Unidos. Le seguían, el maíz con 14.000 millones de dólares y la soja con 11.000 millones. Veinte años antes toda la marihuana era importada, según el New York Times. Con ello, la producción nacional cubría en 1994 el 50% de la demanda²⁹. Además, Estados Unidos es el mayor productor de drogas sintéticas del mundo, entre ellas el “polvo de ángel” o PCP, metanfetaminas y otras.

El consumo avanza en la medida que se profundiza la crisis social, moral, cultural y de valores en la juventud y en el conjunto de la sociedad norteamericana, en un modelo económico que convierte en selección natural darwiniana la lucha por lograr el éxito, la figuración o la riqueza. El porcentaje de estudiantes de octavo grado (13 y 14 años) que consumió algún tipo de droga entre 1995 y 1996 se incrementó del 21.4 al 23.6 por ciento. Entre 1995 y 1996 el consumo de marihuana de estudiantes de octavo grado aumentó del 15.8 por ciento al 18.3 por ciento. Igualmente aumentó la cantidad de marihuana cultivada en los jardines de las residencias de Estados Unidos³⁰.

La política antidrogas de Estados Unidos, sin embargo, ha sido manejada bajo consideraciones de política electoral interna, ocultando la responsabilidad propia por el consumo y la demanda, por la complicidad y activa participación norteamericana en la importación y tráfico y para tapar que es el sistema financiero y bancario de Estados Unidos el que lava y maneja los miles de millones de dólares del narcotráfico, asociados a delincuentes colombianos, mexicanos, bolivianos, asiáticos y de muchos otros países del mundo.

Por ello la acción antidrogas ha sido dirigida contra los países productores, a los cuales se les quiere responsabilizar de la descomposición social y moral de la sociedad norteamericana, y a los que se puede coaccionar y amenazar con la aplicación unilateral de sanciones económicas, financieras y comerciales, recurriendo a la vieja forma imperial de promover sus políticas: provocar el conflicto y la confrontación *del tiburón con la sardina*.

Según esa política hegemónica, la ‘guerra’ contra el narcotráfico la deben librar los países productores. Es lo que ha hecho Colombia, por ejemplo, teniendo que enfrentar un conflicto y una lucha desigual, pues los narcotraficantes recurrieron a todas las formas de terrorismo y crimen contra el Estado y el pueblo colombiano: dinamitar aviones civiles en vuelo cargados de cientos de pasajeros, edificios públicos y privados repletos de funcionarios y trabajadores, asesinato continuo de jueces, magistrados, periodistas, procuradores de la nación, policías, soldados y oficiales de mando de esos cuerpos, y de varios candidatos a la presidencia de la República, en uno de los cuales fue víctima, precisamente, el actual jefe del gobierno colombiano, Ernesto Samper. Colombia ha tenido miles de víctimas de esa guerra y de ese terrorismo y crímenes del narcotráfico.

Pese a ello ha continuado la lucha contra ese flagelo, con o sin ayuda de Estados Unidos. Bajo el gobierno Samper están presos los más conocidos jefes del narcotráfico y han sido ocupadas sus propiedades en Colombia. Por iniciativa y gestión del gobierno Samper el Congreso de la República aprobó la Ley 333 de 1996, que establece las normas de “*extinción de dominio sobre los bienes adquiridos en forma ilícita*”. Según esta ley pasan al dominio del Estado, sin indemnización o contraprestación alguna, los bienes provenientes directa o indirectamente de la corrupción administrativa, delitos contra el Tesoro Público, tráfico de estupefacientes, lavado de activos, testaferrato y otros delitos contra la seguridad del Estado. Es la ley más drástica contra los bienes de los narcotraficantes aprobada por país alguno. Del mismo modo, por iniciativa del gobierno de Samper, en febrero de 1997 el Congreso de la República aprobó la ley que elevó en forma espectacular las penas a los narcotraficantes.

Sin embargo, en la estrategia electoralista norteamericana Colombia fue escogida, en acto unilateral típicamente imperial, como el caso que sirviera de ejemplarización a otros países de lo que Estados Unidos estaba dispuesto a hacer contra ellos si no se sometían a sus dictados unilaterales en la lucha contra el narcotráfico. Ya en enero de 1990, bajo la administración de George Bush, por cierto implicado en el escándalo de la CIA por la introducción de cocaína a Estados Unidos para financiar a la “contra” nicaragiense, tal como se registró atrás, unidades de la marina de guerra norteamericana, encabezadas por el portaviones “USS John F. Kennedy”, pretendieron bloquear las costas colombianas sobre el mar Caribe, dizque para controlar el tráfico de drogas. La actitud enérgica e inmediata del gobierno colombiano presidido por Virgilio Barco obligó a cambiar de rumbo a la flota norteamericana.

Esa política, sin embargo, ha continuado y se ha acentuado bajo el gobierno Clinton contra la administración de Samper, recurriendo a otro acto unilateral e interno pero que tiene efectos extraterritoriales. Es el de la *descertificación*. El gobierno Clinton se dice a sí mismo en un documento administrativo interno que un país, Colombia, por ejemplo, no ha hecho suficiente

esfuerzo en la lucha contra el narcotráfico. Esa “descertificación”, esa decisión interna, sirve al gobierno de Washington para bloquear el comercio con Colombia, los créditos en los bancos internacionales en que Estados Unidos es accionista, y para tomar toda clase de medidas represivas y de coacción económica, financiera y comercial, además de la de suspender las visas a miembros del respectivo gobierno.

Todo ello se hizo contra Colombia en 1996 como componente de la campaña electoral de Clinton y de los republicanos, según fue registrado y revelado por publicaciones de organizaciones sociales independientes de Estados Unidos.

Recientemente, ante unas agresivas e impertinentes declaraciones del embajador de Estados Unidos en Bogotá contra el gobierno y el Estado colombianos en cuestiones relativas a la lucha contra el narcotráfico, el expresidente Alfonso López Michelsen escribió: “Nadie duda de que el embajador no está obrando por su propia cuenta o que se le fue la lengua. Claramente son instrucciones del Departamento de Estado destinadas, ni más ni menos, que a darle una lección a toda la América Latina”³¹. Colombia seguirá bajo el chantaje de la administración Clinton.

Pero parece ser, tal como lo señala López Michelsen, que la ofensiva será también contra México. La Secretaria de Estado, Madeleine Albright, en carta al senador Jesse Helms, brazo de la ultraderecha republicana en el Congreso que ha manifestado su regocijo por el arribo de la señora Albright a esa Secretaría, le ha dicho que “está dispuesta a recomendar la “descertificación” del vecino del sur, si no coopera suficientemente en la lucha contra la droga”. Agrega: “Urgiré de forma decidida al Gobierno mexicano a arrestar, llevar a la justicia y extraditar a cuantos narcotraficantes sean posibles (...) Si México no da los suficientes pasos para cooperar con nuestros programas antinarcóticos, estoy preparada para enviar la recomendación (al presidente Bill Clinton) que sea apropiada”³².

De manera que es posible que las agresiones a Colombia se extiendan a México y a otros países. No es un paso fácil de dar, pues México es el socio latinoamericano del TLC y son ilimitados los intereses norteamericanos en ese país. Además, en México, a diferencia de Colombia, el espíritu nacional y de soberanía es muy profundo y ninguna fuerza, personalidad o partido político le haría el juego al intervencionismo o agresiones norteamericanos. En Colombia, en cambio, en la actual crisis política hubo sectores y dirigentes que pidieron la intervención norteamericana, tal como ha sido ampliamente divulgado y reconocido. Parece que en algunos grupos dirigentes colombianos ha penetrado hondamente el virus que anda rondando en los países más débiles del Tercer Mundo, el de que desaparecieron la *soberanía nacional*, la *independencia nacional*, la *autodeterminación* y ese viejo valor y símbolo del alma de un pueblo, la *patria*. A las cuales, por consiguiente, no se les debe lealtad.

CODA

Este repaso de la situación mundial al concluir el siglo XX y en el amanecer del XXI, muestra que con el tremendo poder de los medios de comunicación y de la informática se han puesto a circular lemas, consignas, frases y definiciones sociales y políticas encaminadas a convencer a la humanidad de que el hombre llegó a la perfección política con la democracia liberal que es, a su vez, producto de la perfección económica que sería el capitalismo y la libre empresa. Que ahí termina la historia. Que no hay más opciones.

Con los mismos instrumentos de comunicación y la ayuda de sectores académicos comprometidos con el modo capitalista de producción, se convierte la globalización de la economía y de la informática en fundamento para decretar la desaparición de conceptos y hechos jurídicos como son soberanía nacional, autodeterminación e independencia, de tal forma que sea en los grandes centros de poder donde se defina la suerte de cada nación, de todos los pueblos y culturas, sin respeto de esos valores.

De igual modo, resulta de este examen que con los mismos poderes de la comunicación se quiere hacer tabla rasa del pasado reciente y viejo de dominación e imperio de las grandes potencias, y se habla de un “nuevo orden” internacional encabezado por Estados Unidos.

Pero del repaso, por rápido que haya sido, surge con claridad el hecho de que el “nuevo” orden mundial es el mismo “viejo” orden con todas sus “viejas” prácticas de dominación e imperio sobre los pueblos y naciones débiles y explotadas de esta minúscula partícula del universo infinito de las estrellas que es nuestro planeta Tierra, sólo que ahora apoyado en los deslumbrantes avances tecnológicos, los inventos y la informática.

Surge también del repaso que los Estados Unidos, constituídos en la mayor potencia militar del mundo, busca también la hegemonía política y económica en ese nuevo, aunque “viejo” orden de dominación de unas naciones por otras naciones, de unos pueblos por otros pueblos, de unas razas por otras razas, de unas culturas por otras culturas.

Surge igualmente la certeza de que la libertad y la democracia son conquistas de los pueblos y del hombre para todos los tiempos; que no están condicionadas ni sujetas exclusivamente al modo capitalista de producción; que abren el espacio y la oportunidad a nuevas, equitativas y justas relaciones entre las naciones grandes y pequeñas, avanzadas o aún atrasadas y a nuevas formas de justicia social, equidad y humanismo.

Que lo nuevo, que es al tiempo lo “viejo”, del mundo de hoy y del de mañana y del de siempre es el hombre, que es el que sueña y crea, el que sufre y goza, el que llora y ríe, el que cambia al universo y se cambia a sí mismo, el que busca la justicia y hará la igualdad, el que batalla y no se rinde, el que sueña en la posibilidad del progreso de todas las sociedades y razas humanas y crea nuevas utopías y nuevo humanismo que convocan la voluntad de los hombres de todos los tiempos.

En ese “viejo” y siempre nuevo componente transformador y revolucionador del mundo que es el hombre, nos encontramos muchos hombres. Los que no hemos renunciado al derecho de soñar. Entre ellos, debo decirlo, Theotonio Dos Santos, ante quien me inclino en su homenaje. Junto a él, muchos otros dispersos en todos los países. También yo.

NOTAS

1. EL TIEMPO, Bogotá, julio 16 de 1996
2. INFORME SOBRE DESARROLLO HUMANO 1996, PNUD, Ediciones Mundi-Prensa, Madrid, España, 1996, pág.2
3. Ibidem, pág.4
4. Naciones Unidas, Derechos humanos. Recopilación de instrumentos internacionales, Nueva York, 1988, pág. 393
5. EL TIEMPO, Bogotá, Junio 5. 1996

6. Jurista y general de la República. Se lanzó a la guerra de Independencia desde los 18 años de edad. Unido a Bolívar formaron Colombia (se le dice la Gran Colombia), que comprendía, además, Venezuela, Ecuador y Panamá. Como Vicepresidente estuvo al frente del gobierno desde 1819, cuando tenía 27 años, hasta 1826, mientras Bolívar dirigía las guerras libertadoras. Fue luego Presidente, 1832-1837. Se opuso a la supuesta «igualdad» entre naciones poderosas y débiles. Bajo su gobierno no fue posible firmar un tratado comercial con Estados Unidos, que la invocaban. Su Secretario de Relaciones Exteriores Lino de Pombo, lo explicó: «las diferencias entre el estado en todos sentidos incipiente de la República y la situación próspera de los Estados Unidos no permitían aceptar, sin grave perjuicio para nuestros intereses, ciertos principios de reciprocidad perfecta, considerados en las grandes potencias como justos, pero que caían en defecto aplicados a las circunstancias peculiares de Nueva Granada, pues cuanto más iguales pudieran aparecer algunas estipulaciones a los ojos de un filantrópico estadista norteamericano o del mundo antiguo, tanto más sensibles y perniciosas resultarían para nosotros en la práctica los efectos de esta positiva desigualdad». En, Apolinar Díaz-Callejas, «El lema respice pollum y la subordinación en las relaciones con Estados Unidos», Academia Colombiana de Historia, Bogotá, 1996, págs. 27 y ss.
7. Pierre Schori, “Después de la guerra fría, ¿un nuevo conflicto Norte-Sur?”, Nueva Sociedad, Caracas, No.142, marzo-abril 1996.
8. de *container*, dicen en inglés.
9. Edición del 8 de enero de 1996.
10. CIDE, Estados Unidos, perspectiva latinoamericana, México, D.F., No. 9, 1o. Semestre 1981, pág. 301.
11. ENLACE, Washington, D.C., Vol. 5. No.3. Octubre 1996.
12. Versión del Servicio Cultural Informativo, Embajada de Estados Unidos en Bogotá.
13. ENLACE, número cit.
14. CIDE, No. 9, pág. 213.
15. Ibidem, No. 8, págs. 332 y ss.
16. Enriqueta Cabrera, “Respuestas a Santa Fe II”, EL DIA en libro, México, D.F., 1989.
17. en Nueva Sociedad, No. 95, mayo-junio 1988, Caracas, pág. 45.
18. en Nueva Sociedad No.98, noviembre-diciembre 1988, Caracas, pág. 112.
19. Washington (AP). “Los manuales de inteligencia militar que aconsejaban la ejecución y tortura de insurgentes fueron usados para entrenar a oficiales latinoamericanos, debido a una serie de descuidos burocráticos, o errores, reconoció el Pentágono en las conclusiones de una investigación interna dadas a conocer ayer” EL TIEMPO, Bogotá, 22 de febrero. 1997.
20. Magazín No. 682, 9 de junio, 1996.
21. Robert B. Reich, “El trabajo de .las naciones”, Javier Vergara Editores, Buenos Aires, 1993, pág. 13.
22. Ibidem, pág. 292
23. EL TIEMPO, Bogotá, enero 24. 1997.
24. EL TIEMPO, Bogotá, enero 25. 1997.
25. EL ESPECTADOR, Bogotá, diciembre 9. 1996.
26. Texto en EL TIEMPO, Bogotá, diciembre 15. 1996.
27. EL TIEMPO, Bogotá, enero 5. 1997.
28. SAN JOSE MERCURY TIMES, de San José, California, septiembre 1996, reproducido en EL TIEMPO, Bogotá, septiembre 22.1996
29. EL ESPECTADOR, Bogotá, febrero 20. 1995.
30. EL TIEMPO, Bogotá, enero 5. 1997, Informe desde Washington
31. EL TIEMPO, Bogotá, enero 26. 1997.
32. EL TIEMPO, Bogotá, enero 24. 1997

